

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. - En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones. - El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

Redacción y Administración, Mayor, 24

La correspondencia al Administrador

El Campamento

El campamento es la imagen de esas fabulosas ciudades yanquis que cuentan las crónicas; surgen en un día, impulsadas por el motor de varios millones.

Para sentir sus bellezas hay que vivirlos en la vida de soldados, ayudarlos, consolarlos y averiguarlos en ellos.

Al desembarcar en el muelle de Melilla, un oficial de Estado Mayor indica al jefe del Cuerpo la loma que se le destina; ya el regimiento en marcha, le siguen varios carros de Administración con las tiendas de campaña, y al llegar al sitio designado hacen alto.

Ya estamos en casa; es una loma pedregosa, sin un árbol, sin una casa ni cualquier otro vestigio de urbanización. Ojea el jefe el terreno; ordena a los ayudantes que, papel y lápiz en ristre, toman nota, y minutos después las tiendas van surgiendo ringladas, por compañías; todos trabajan en este importante asunto de la vivienda; cogido el fusil los soldados sujetan los vientos de las tiendas; los oficiales indican los centros; parece que se prepara la elevación de muchos globos; luego se escucha el golpeo de muchos mazos sobre las estacas, y tenemos la ciudad.

Los inquilinos van entrando en sus hogares con el equipaje á las espaldas, y momentos después salen, ágiles y desarmados; vamos á urbanizar esta modernísima villa. Con paños y picos se desbroza el terreno, se construyen las cocinas, se abren á alguna distancia las letrinas.

Un par de horas más tarde el corneta toca fagina; alegre y dicharachera forma la tropa con el plato en la mano y el pan debajo del brazo; por el bolsillo de la guerrera asoma la cfe de soltería; entre nosotros la cfe de soltería es la cuchara, y hay que conservarla y mimarla porque quien pierde la fe de soltería no se casa.

Hay un momento de seriedad militar: es la lista; los sargentos van nombrándolos uno por uno; la voz de ¡presente! resuena como un estribillo. Terminada, se distribuye el rancho: es un rancho exquisito, que sabe á gloria, que se espera con alegría, porque el que más y el que menos, al pasar cerca de las cocinas, ha percibido un agradable tuflido, y le ha dicho al compañero: ¡Chico! hay carne con patatas, y huele á gloria!

Se come en corrillos, cerca de las tiendas agrupados por aficiones, por pueblos ó simpatías, y mientras se come este primer rancho de campaña, las miradas van al Gurugú; la artillería «hace música»; cuando entre los abruptos picos se ve el humo y la explosión, se corea con ¡bravos!, los improvisadores cantan alusivos en cantares donde consueñan Gurugú con regimiento: el verso es malo, pero el cantar es bueno, y como bueno se aplaude ó se corea con un repiqueo de cucharas en el plato.

Terminada la cena es llegada la hora de filosofar; el soldado filósofo, al oscurecer, sentado ante su tienda, fumando un cigarrillo; esa es su hora; un perfume de paz y amor satura el campamento: se charla de las novias, de los padres, del pueblo, y así fumando y charlando, van germinando las frases de amor que mañana saldrán dentro de unos sobres en busca de los hogares queridos.

La música toca retirada y todos se retiran á sus tiendas, y cuando el toque de silencio anuncia que el reposo es absoluto, las luces se apagan y cierran los cantineros sus puestos; sólo se oye en el campamento el jaleo de los centinelas y sólo se divisa de trecho en trecho, recortándose sobre la línea del horizonte, una línea de siluetas, que son los centinelas, y las patrullas que silenciosamente los recorren.

Un cornetín toca diana: á continuación las músicas nos alegran con sus notas, y salimos de las tiendas ávidos de curiosidad dónde nos hallamos; el día anterior no hubo tiempo; ante nosotros está el Gurugú, detrás Melilla y en último término el mar, que esta vez complaciente y coquetón para dejarse admirar de tantos hombres tierra adentro, está terso como una pizarra bruñida.

Ahora el campamento nos parece verdaderamente la ciudad fabulosa; no falta un detalle; la calle principal, limpia de piedras, tapados los baches, parece un bulevar; preguntad ¡por lo que os haga falta! ¿Dónde está el Correo? Allí, en aquella tienda próxima á la de la guardia de prevención; es una Casa-correos hasta elegante, de las llamadas cañoneras, con su ámplo buzón, que es la ventanilla, dentro, el cartero ordena paquetes y sella. ¿Dónde está el botiquín? Y entre los dos batallones os indican una tienda donde ondea la Cruz Ro-

ja, en las tiendas de oficiales están los banderines que indican las compañías; es el nombre de la calle. En la plaza del «pueblo» hay grandes cubas de agua; el coronel vive cerca de ella, y Fulano, en tal tienda, y Mengano, en esa otra y así á la media hora de pasear, creéis hallaros en un pueblo, y pueblo es, porque en estas casitas blancas y estas calles alineadas están nuestras afecciones y nuestros amigos: los que nos mandan y los que nos obedecen.

Son bellos y poéticos estos campamentos, donde anidan tanta juventud, tanta vida y tanto entusiasmo; pero para sentir su belleza es preciso habitarlos desde lejos, la impresión es otra: parece una bandada de blancas palomas que hacen un alto en su marcha.

RAFAEL GIBERT.

Cabrerizas, 17 de Agosto de 1909

LA VIEJECITA

¡Vamos señora! Cuéntenos usted algo. En sus mocedades habrá sido muy vehemente, muy hermosa; habrá tenido sus amores, sus galanteos, sus aventuras. Ya á su edad bien puede contarlos... vamos! venga esa historia.

Así alborotaba un grupo de lindas jóvenes rodeando á una anciana de hermosa figura, mientras que ella con natural sonrisa les decía: «Pues bien hijas mías, hoy que ya ha entrado mi vida en ese período en el que todos debemos esperar la muerte; cuando mi cabeza está cubierta de canas y mi piel toda arrugada, bajo la cual, mi sangre camina lentamente, sea ese calor que da la juventud, quiero que vosotras, educadas á la moderna, apasionadas sólo por la forma, sin querer, ni saber mirar al fondo, quiero os repito que veáis como una mujer enamorada, toda fuego escribía hace sesenta años á su amado, demostrando, que toda pasión puede ser refrenada cuando existen en el alma creencias religiosas y concepto justo de la moral».

El hombre objeto de la carta que os leeré, me amó toda su vida con el amor más puro respetándome como el mejor hermano á su hermana, como el José de la historia sagrada pudo respetar á su madre. ¡Pobre amigo mío! no pudo unirse en este mundo á mí y es seguro, que allí, en lo desconocido, en el mejor lugar, su alma está esperando á la mía para

marchar unidas por toda la eternidad. Su recuerdo va siempre en mi corazón y con él vivo uniéndolo á todas mis esperanzas; por él fui buena; por él iré ya pronto donde está. Espera, amigo amado, hasta luego, mi verdadera vida se aproxima al fin... Y la anciana, dejando á las jóvenes con lágrimas en los ojos, se dirigió á un mueble, abrió uno de sus cajones y sacando un paquetito de papeles atado con cinta de seda, extrajo de él una carta amarillenta por los años y sentándose otra vez, dijo toda emocionada «escuchad hijas mías, he aquí la carta».

«Qué porque no te he escrito... ¡tonto mío!... porque no te veía! Hoy sí quiero escribirte, porque por fin te vi. Un año un año entero de constante lucha! Toda una vida espuesta á consumirse!»

Mirando siempre sin que tú me vieras!... ¡torpe! ¿como no supiste leer lo que pasaba por mi alma? Ese estudio que de la tuya hice... ¿Como no has podido hacerlo de la mía? ¿Como no has sabido leer en mis ojos, más aun de lo que los tuyos me decían?... ¿Te acuerdas aquel día, que en el campo, bajo aquellos pinos, al ver las lágrimas que inútilmente quise contener y que como escarpadas salieron á mis ojos, me preguntaste que pena me embargaba?... ¡ay! ¡no era pena! No te quise contestar, pero á través de aquellas lágrimas, mi vista, cansada de mirar hombres pequeños, haciendo de ellas lentes biconvexas, te vieron al fin tal como eres; grande, noble... ¡porque no decirlo ya? hermoso ¡hermoso, sí! con la mayor de las hermosuras!... la de tu alma generosa ¡Ay! ¡Amigo mío! que trabajo cuesta contener los impulsos del corazón! Si supieras cuantas veces tuve que ponerle camisa de fuerza!

Tu última acción ha sido irresistible; yo no podía calcular que pudieras tanto un ser humano ¡La conquista de mi alma la realizaste ya! ¿A qué luchar aun más? No, ya no luchó ¡Si ahora no me escribes, es seguro que te escribo yo. Fuera ya de mi mente conveniencias sociales! Este tesoro tuyo, sabe que es tuyo, entero y que mi vida, toda, la guardo para tí! ¡Qué me importa ya el mundo! reputación, honor... lo que deben dar las gentes! ¡lo que roban! solo Dios tiene el derecho de pedir y tu sabes que ante Dios podemos alzar nuestras frentes sin mancha.

Dices que soy tu Dios... no amigo mío: Yo te quiero cristiano. ¿A quién más que á Dios debes tu fortaleza? Quién sino Él nos inspira esos rasgos que tanto admiramos del

uno para el otro? Si, hoy ya no dudo: Nuestra lucha es gigantesca; la fiera que llevamos dentro se nos rebela, nos quiere vencer, pero hay que evitarlo á todo trance.

Que si te amo ¡pobre corazón mío! Ya no eres para mí un hombre... mi valiente amigo, eres un dogma!

Ya el escudo de mi alma tiene un lema, «Dios y tú: Siempre... ¡vamos! desarruga ese entrecejo! Siempre Dios antes... pero tu nombre después!»

Que tu amor hacía mí es casto... lo sé; pero añades que te queman mis ojos adormidos... y esto no puede ser ¡po! Dios! no olvides alma, que Jesús en su Doctrina, no deja amarse libremente á los mortales. Ten calma, por la Virgen, no delires que si Dios consintiera... ¡todo mi ser es tuyo! ¡enamorado! y al tener yo mil horas... ¡te las diéral!

Bueno, mi solo bien, ven cuando quieras, mi temor ya pasó, hoy ya te espero, junto al jardín, ya sabes, en la puerta, allí estará Ramón... ¡qué más guardian á nuestras tristes almas!

Hasta luego, mi bien, ya sabes que te adora tu

María.»

Y aquí acaba la carta... ¿lo véis hijas mías? ¡porqué lloráis así? dejad de hacer pucheros... aquél hombre... en el cielo está ya!... besadme todas, no os aflijáis por mí, que ya muy pronto me he de reunir con él.

RICARDO.

Teatro de Verano

El público ha entrado de una manera franca en el Teatro de Verano.

Anoche, con tres buenas entradas en las tres secciones, se verificó la segunda función de la temporada, poniéndose en escena las bonitas comedias «La cuerda floja» «Entre Doctores» y representándose por primera vez en Cartagena «Más allá del honor».

En las dos primeras, que fueron muy bien interpretadas por las Sras. Camps, Anaya, Hermán y Loberas, y por los Sres. Torrent, Cerro y Requena, el público celebró grandemente las situaciones cómicas, aplaudiendo en distintas ocasiones como tributo merecido á la meritisima labor de los actores.

«Más allá del honor», es una comedia de las estrenadas recientemente en Madrid y pertenece á ese

género que han dado en llamar teatro de ideas.

Quizá por esta razón, el público que no pretende solucionar problemas y que prefiere siempre que se los den solucionados no «entró» en la comedia de José Francés y en vano se esforzaron los actores en convencer á los «morenos», que se mostraron displicentes y descontentados.

Respecto á la interpretación fué verdaderamente irreprochable.

Las Sras. Camps y Hermán y los Sres. Socias y del Cerro, supieron dar gran relieve á sus respectivos papeles y salvaron la obra de un naufragio definitivo.

¡Dios se los pague!

En el Balneario de los Alcázares

La estancia en este Balneario es sumamente agradable. Veranean allí muchas familias de esta ciudad, Murcia y La Unión.

Infinidad de personas buscan en aquellas aguas alivio á sus males que indefectiblemente lo encuentran.

El propietario del Balneario Señor D. Alonso Carrión, hombre inteligente y laborioso, ha introducido importantes reformas en el Balneario, y el actual arrendatario del establecimiento D. Diego Jódar, firme en su propósito de servir al público, trabaja para que el establecimiento sea único en su clase, tanto en los baños, como en la fonda y café, cuyo servicio es excelente.

Allí la vida se desliza alegre y divertida, pues no faltan excursiones, bailes, juegos, veladas y otras diversiones.

El frasco que allí se disfruta es agradabilísimo.

Al atardecer se dan los obligados paseos por la magnífica explanada del Balneario, luciendo su gracia y gentileza un considerable número de muchachas bellísimas.

En estos días, se celebrarán en el citado balneario grandes festejos.

La virtud de aquellas aguas, es maravillosa para los reumáticos; hemos tenido ocasión de comprobarlo.

El que una vez visita aquel sitio alegre, reincide. Hay muchas familias que no necesitan de aquellas aguas, pero que pasan allí la temporada de verano para gozar de aquel frasco delicioso, y de la alegría que allí reina á todas horas.

El Balneario «La Encarnación» de

A la piedad de Dios que me perdona la ley la contradice; aquella amor abona, y esta vigor pregonaba abatido mi frente que maldice.

Ambas sentencias en pos llevan de Justicia el nombre. ¿Cuál es mejor de las dos: la gran Justicia de Dios ó la Justicia del hombre?

Soldado Martínez Rizo. 1882.

1882.



JUNTO AL ARROYO

Sobre la margen,
De un arroyuelo
Coronas tejes
Con dulce anhelo;
Puras diademas
De mirto y rosa
Con que engalanas
Tu frente hermosa.
Del sol naciente
Los resplandores
Bañan en oro
Prados y flores,
Y en la cascada
Y en el torrente
Da mil colores
Su luz fulgente.
El aura pura

En la corriente
Limpia y serena,
Que mansamente
Sus aguas puras
Va deslizando,
Y el verde musgo
Va salpicando,
Cual bellas perlas
De blanca aurora
Cuando en Oriente
Su luz colora?
Pues así, Rosa,
Tan sossegada
Cual ese arroyo
Que en la enramada
Por largo cauce
Blando y florido
Sobre colores
Es dirigido,
Tu vida hermosa
De encantos llena
Pausada siga,
Dulce y serena,
Y sin abrojos
Y sin dolores
Por un camino
De puras flores.

Fulgencio Beraza.

DOS CAMINOS

En el mundo que habitamos
Dos caminos se destacan;
El uno está accidentado
por peñas y algunas zarzas;
El otro lo alfombran rosas,
Blancos jazmines y dalias.
Un hombre por un sendero
del primer camino pasa;
Aquel sembrado de espinas,
Cubierto siempre de escarcha
Donde el vendaval continuo
A los viajeros maltrata;
Surcan profundas arrugas
Su frente en sudor bañada,
Su paso es incierto; corto,
Y con gran trabajo marcha,
Lo mismo marcha anhelante
Cuando la casta Diana
Los perfumados jardines
Ilumina con luz fátua;